



Redacción: Dependencias parroquiales

Eibar, Noviembre 1962

Año XI

:-:

Núm. 148

El Concilio en marcha Optimismo del Papa

Fué así: 2.498 padres conciliares (cardenales, arzobispos, obispos y superiores de órdenes religiosos), que después de recorrer procesionalmente la plaza de San Pedro, ocuparon las dos graderías que ocupan la nave principal de la basilica, desde la entrada hasta el altar de la confesión. Decenas y decenas de millares de fieles agolpados en la plaza. Misiones extraordinarias de 85 países, formadas por príncipes, jefes de Gobierno, ministros y personalidades de gran relieve; un millar de periodistas de todas las nacionalidades, incluidos rusos y, sobre todo, 32 observadores, representantes de Iglesias católicas, a saber: Iglesia patriarcal de Moscú; Iglesia ortodoxa rusa en el exilio; Iglesia Copta de Egipto; Iglesia Copta de Etiopía, Iglesia Sirio-Jacobita e Iglesia Armenia, además de los representantes de Iglesias disidentes de Occidente.

Nunca en la Historia de la Iglesia se pudo contemplar espectáculo semejante.

Tú y el Concilio

Protagonistas del Concilio son el Papa y los obispos. Lo abrieron con un cántico al Espíritu Santo. Ellos no están allí elegidos por una votación, como delegados de nuestro poder. Están por su propia autoridad. Los fieles carecen de título para intervenir. Pero sería mirada miope la que no descubra qué lazos unen los seglares al Concilio. El cardenal Montini, en una espléndida pastoral explica que el Concilio ha de entenderse como síntesis de la Iglesia. Están reunidos aquellos a quienes corresponde «el servicio de la autoridad», pero realizan la presencia moral de toda la comunidad de los creyentes, sacerdotes y seglares, ya que el Concilio expresa su fe, trata sus intereses. San Juan Crisóstomo dijo con una bella palabra griega que el pueblo cristiano es el «pleroma» del obispo: sin fieles no alcanzaría plenitud, totalidad. Desde el punto de vista evangélico hay que juzgar una aberración aquella «fe implícita», fe del carbonero, que mantenía los fieles al margen de las vicisitudes de la Iglesia.

Cuatro discursos ha pronunciado el Papa en los primeros días del Concilio. Y todos tienen un denominador común: la alegría.

En la apertura, dijo: «No creo en aquellos que sólo ven en el mundo actual «prevaricaciones y ruinas», ni en aquellos que afirman constantemente que el mundo actual es peor que el de ayer». El Papa no está de acuerdo con los profetas de la desgracia, que llegan a anunciar poco menos que la inminencia del fin del mundo. La situación actual de la Iglesia es bastante mejor que en el pasado. La Divina Providencia nos conduce hacia un orden nuevo en las relaciones humanas. Hay una evolución favorable en la conjunción social e internacional, en la que colaborará la Iglesia, que hará sonar su voz en todo lo que afecte a su misión. La experiencia ha enseñado a los hombres que la violencia impuesta a ultranza, la fuerza de las armas y la opresión política no favorecen de ninguna manera la solución feliz de los graves problemas. La Iglesia quiere mostrarse madre amante de todos; bondadosa, paciente, llena de compasión. Más que emplear la fuerza con todo su rigor, la Iglesia quiere utilizar el gran remedio de la misericordia para aquellos que viven en el error. La Iglesia vive el momento presente.

Lotería de Navidad

Hija de María! Tu regalo de Navidad a la Congregación debe ser el hacerte con el «gordo» de Navidad.

Ya sabes que son muchos los miles de pesetas que necesitamos para pagar nuestro nuevo Centro Parroquial Femenino. Pues bien, comprando billetes de Lotería, que hemos traído de Dña. Manolita de Madrid, ayudarás a esta magna empresa apostólica.

CONSIGNA:

Toda Hija de María: 10 pesetas de Lotería. He aquí el «GORDO»:

38.827 y 47.029

EL CONCILIO Y LA LITURGIA

HABLAN DEL TIEMPO

Lo cuenta Julien Green en su autobiografía:

En los días en que la llamada de Dios rondaba su alma de incrédulo, había algo que le frenaba y le detenía ante las mismas puertas de la conversión. Era la poca fe de los cristianos en la fuerza viva de sus sacramentos. Entraba en las iglesias y observaba las caras aburridas de los asistentes. ¿Creían realmente aquellos hombres en lo que decían creer? Les observaba a la salida de misa con sus gestos frívolos. ¿Venían estos hombres de asistir a la muerte de Cristo? El escritor francés resume sus experiencias con una frase terrible: «Bajan del Calvario y... hablan del tiempo».

He aquí el problema del que quiere arrancar el Concilio. No es un pequeño tema secundario que sólo interese a los curas; es, ni más ni menos, el modo con que manifestamos nuestra fe y en él entran en juego nuestras relaciones con Dios y el juicio que los de fuera harán de nuestras creencias.

Así, pues, el Concilio ha terminado su etapa de preparativos y comienza a sentarse ante el espejo para contemplar su rostro. Y su primera pregunta va a ser ésta: ¿Cómo va la liturgia entre los cristianos de hoy? ¿Cómo oyen su misa, cómo practican sus sacramentos? ¿Por qué la oyen y lo practican como lo hacen? ¿Qué podría hacerse para conseguir una liturgia más viva, más verdadera, más auténtica?

AVENTURA Y RUTINA

Porque no siempre fue así. En los primeros años del cristianismo la liturgia nacía fresca entre las manos de los cristianos. Hablaban en su lengua cotidiana, dialogaban verdaderamente con su sacerdote, ofrecían a Dios su pan, su vino o sus ofrendas como quien verdaderamente da algo. La memoria de Jesús era aún reciente y la liturgia era diariamente una aventura nueva.

Mas pasó el tiempo y vino la inevitable rutina. Los gestos se inmovilizaron, las palabras adquirieron peso de siglos, y este peso les dio hondura, pero las dejó pesadas. Más tarde se derrumbó la cultura latina y el latín comenzó a ser lengua de cultos mientras la buena gente vivía y moría en lenguaje vulgar. La liturgia comenzó a ser un misterio lejano, una isla en la que el clero vivía y que los fieles miraban desde lejos; el culto se convirtió en rito, los gestos de amor se hicieron gestos teatrales, el banquete eucarístico en el que se confraternizaba pasó a ser la obligación de la misa que se oía distraídamente, sin poner el corazón en juego. Para que los fieles no se aburrieran mucho durante ella los sacerdotes inventaron otros rezos, y «distráían» a sus fieles predicando, rezando rosarios, dando recitales de órgano, para que la misa, el sacrificio caliente de Jesús, no les resultase aburrido.

Y como en la misa fuese sucediendo en todo. Las viejas fórmulas de los sacramentos se hicieron arcanas para quienes los recibían.

Tenía que llegar un momento en el que las ansias de reforma, de adaptación, se impusieran. Y esa hora ha sonado. Ya desde la mitad del siglo pasado vienen creciendo en el mundo estos deseos. El sentido comunitario de la misa, el dolor de verla convertida en exclusiva del clero, nació entre los grandes teólogos alemanes del siglo pasado. La piedad litúrgica, el sueño de la renovación del arte y la música sagrada tuvo su patria en Inglaterra. Pero la tierra madre del movimiento litúrgico es Francia, bajo el influjo

y la obra del benedictino Dom Guerarguer. Desde Francia este movimiento se difundió de país en país, conquistando particulares especificaciones y aspectos integrantes».

UN RENACER DE VIDA

Con Pío X el movimiento litúrgico dejará de ser el piadoso deseo de algunos cristianos y recibirá el timbre pontificio. Los conventos de Solesmes, de Malinas, de Montserrat, de Maria Laach, de Silos, mantendrán viva la antorcha del espíritu litúrgico en todo el mundo. La labor de los grandes teólogos, profundizará de día en día los nuevos aspectos teológicos y bíblicos de la liturgia, y Pío XII, con su encíclica «Mediator Dei», pondrá la piedra fundamental de la teología contemporánea.

La recuperación del sentido comunitario de la misa a través de las diversas formas de misas dialogadas. La introducción de la lengua vulgar en muchas partes de los sacramentos permitida por Roma a muchas naciones; hasta llegarse en 1949 a permitir la casi totalidad de la misa dicha en chino para los sacerdotes de esta nación. La misma concesión hebrea después para la lengua hebrea. Los primeros permisos para la misa vespertina, que tan buenos resultados han dado en todo el mundo, facilitando el cumplimiento del precepto dominical e incluso de la piedad diaria de estudiantes y trabajadores. La mitigación del ayuno eucarístico, que permite ahora recibir al Señor a tantos a quienes antes era difícil, si no imposible.

La revivificación de la liturgia de la Semana Santa, hoy concurrida como nunca por los fieles. La simplificación en ornamentos y vasos litúrgicos, cada día más bellos y prácticos a la vez. Todo esto son pasos que marcan los deseos mundiales de una reforma completa y organizada por la Iglesia.

¿QUE DIRA EL CONCILIO?

¿Cuáles serán los puntos concretos que se prevé que el Concilio va a tocar en sus sesiones? Nunca resulta fácil adelantar nada en algo tan abierto y libre como es un Concilio. Los mismos esquemas preparados son, las más de las veces, desbordados a la hora de la práctica, y el tema que se creía más importante apenas es tocado, mientras que otros nuevos ocupan lo mejor de sus sesiones.

Pero de todos modos un intento de orientación muy provisional sí puede darse a los fieles. Trataremos de hacerlo en esta página. Hemos preguntado para ello a varios famosos liturgistas y dialogado con no pocos obispos de diversas naciones. Por ello, aunque no podamos profetizar de qué «hablará» el Concilio, sí podremos apuntar cuáles son los temas que hoy circulan en el aire romano tras un ya casi público conocimiento de los puntos esenciales contenidos en el esquema que los obispos han comenzado a estudiar. Helos aquí, en pocas y simples palabras.

AITA SANTUA

Erromako Gure Aitaren alde erregutu bear dogu Konzilio. Batzar nagusiko lanik aztunena ta gogorrena Bere gain dator.

Erroma'ko otzaiñ nagusia da Kontzilioko nagusi ta buru.

Gotzaiñ Gañena, Erroma'ko Aita Santua, utseziña da «ez cathedra» mintzatzen danean.

Batzar Nagusia edo Konzilio Ekumenikó deritxana be utseziña da, Aita santua bezela, baña ez era bardiñez.

UN DOMINICO QUE SE HIZO CARGADOR DE PUERTO

D. ROPS, De la Academia Francesa

UN MUCHACHO PALIDO

La historia que vamos a relatar comenzó hace veinte años. Es decir, en plena guerra. En Marsella. En la gran ciudad, superpoblada por la afluencia de refugiados, el abastecimiento era escaso; los productos del mercado negro sólo eran accesibles para los que tenían mucho dinero, y la reducción del tráfico tenía como consecuencia el desempleo de numerosos trabajadores del puerto, del comercio y de la industria. Esto quiere decir que había mucha miseria y que la gente pobre no era feliz.

Un joven dominico contemplaba ese espectáculo del inmenso penar de los hombres con el corazón oprimido. Era un gran muchacho, delgado y pálido, demasiado pálido, demasiado delgado; algunos años antes, una seria amenaza de enfermedad le hizo interrumpir súbitamente sus estudios, y obligado a hacer una estancia prolongada en el Sanatorio Universitario de Loysin. Estaba curado, le dijo la Facultad, pero se le recomendaba prudencia: era la menor de sus preocupaciones. Cuando tenía que alternar, en los tranvías atestados, en las colas de las cartillas de racionamiento o en alguna oficina administrativa, con los hombres o mujeres a los que veía desgraciados, cuando se paseaba por los barrios del puerto, la angustia le invadía el alma. Sacerdote, se sentía responsable de todos y de todas, de esa masa de sufrimiento que veía acudir, como una marea muda, a los muros de su convento protegido. Y fué entonces cuando, con la aprobación de un jefe profundamente comprensivo, este joven dominico decidió intentar una aventura todavía inédita, inaudita. En los últimos días de 1941, se alistó en ella.

EN LOS MUELLES DE MARSELLA

El Padre M. R. Loew ha relatado él mismo, en un libro que el humorismo y la gentileza del estilo hacen aún más conmovedor, lo que fueron sus comienzos en su nueva profesión. A los apóstoles de Cristo, a los que quieren difundir el Evangelio, San Pablo les aconseja que se hagan «judíos entre los judíos y paganos entre los paganos». Los cargadores del puerto eran un medio a propósito para sembrar la semilla de la verdad. Eran desgraciados, y para ellos, Dios, la religión, no era casi totalmente más que una gran ausencia. Llevarlos a la iglesia, a las obras sociales, a los patronatos: inútil pensar en ello, era necesario ir hacia ellos, asumir su duro destino. Era necesario «hacerse cargador de puerto entre los cargadores de puerto».

Un «mono» comprado de segunda mano, el aspecto exacto de un hombre en busca de trabajo, y el Padre Loew se fué a los muelles buscando que le contrataran. Lo logró. Y no fué fácil al comienzo. Cuando se es un intelectual —y aún más, un intelectual débil— no es cómodo ni agradable recibir en la nuca un saco de sémola de cien kilos que se transforma en acordeón, que corre el riesgo todo el tiempo de escurrirse, de arrastrarse en su caída, y hacer así unos cien metros de trayecto, con dos vueltas. Sin embargo, el padre Loew logró vencer esta prodigiosa dificultad y hacer este rudo oficio, durante horas, como los demás compañeros.

Y este aspecto, estrictamente profesional de la decisión que había adoptado, era sólo uno de los elementos de su nueva existencia. Le fué necesario

conocer el riesgo diario del trabajo que falta, del contrato que no se llega a lograr. Le fué necesario aceptar la vida en habitación miserable, sin confort, en medio de la fealdad y de la tristeza de un barrio de los bajos fondos de la ciudad. Le fué necesario adaptarse a lo que no puede llamarse una cocina... Pero, también, muy pronto, esta experiencia le presentó sus mejores aspectos; el sentido auténtico de la fraternidad humana, de la unión que existía en el medio de los cargadores del puerto, una camaradería que le recibió y que enseguida le incluyó en la comunidad como uno de los suyos, el sentimiento profundo de haber franqueado una barrera, de haber penetrado, el sacerdote, en un medio donde Cristo era totalmente desconocido.

LA MISION OBRERA

Al principio, evidentemente, sin tratar de ocultar su sacerdocio, no lo proclamó. Se descubrió en una ocasión pintoresca: un viejo cargador, encontrándole verdaderamente «simpático», le propuso su hija para casarse... Pero, aunque conocido como sacerdote, siguió siendo miembro de la comunidad de los trabajadores del puerto y aceptado por ella como uno de sus miembros. El día en que este resultado se logró, el padre Loew había abierto el camino a una forma de apostolado destinado a un porvenir inmenso: la misión obrera. Después de él se alistaron otros.

Han pasado los años. Es sabido que, comenzada casi en el mismo momento, la experiencia de los curas-obreros le ha parecido a la Iglesia que debía someterse a una seria organización. Pero para el padre Loew, el contacto establecido con la más humilde clase obrera, nunca ha cesado. «Institucionalizada» en cierta manera por la voluntad lúcida de un arzobispo, su experiencia ha culminado en la de cura en una parroquia proletaria. Y el padre Loew sigue siendo lo que era en los primeros días, fraternal, viviendo la misma vida que sus feligreses, mezclado a sus inquietudes y a sus esperanzas. Primer «cura-obrero», sin duda, de Francia, según la cronología, continúa dando un testimonio del que sólo la Historia podrá medir su importancia.

Konzilio

Aita Santua utseziña dogu bera bakarrear artuta, Batzar Nagusiaren laguntza barik ere. Kontzilio aurretik, Kontzilio barik eta kontzilio-gandik aparte, Aita Santua utseziña da.

Kontzilioa bera, barriz, ez da utseziña Aita Santua Lendakari dala baño. Au da, Aita Santua buru dala.

Esan dogunetik ez uste obispoak Aita Santuaren menpeko edo morroi batsuk bakarrik dirala. Gotzaiñak Apostoluen ordezoak dira, Aita Santuaren lagun edo etxeokak bezela.

Aita Santuak Eleiza guztian aginpidea dauka. Gotzaiñak, obispoak, eurai izentauriko Eleiz-barrutian bakarrik.

Batzar Nagusian azkenengo erabagia beti Aita Santuak emoten dau, eta bere eretxia kristiñau danok ontzat artu bear doguna da.

Primer objeto de la Asamblea: una Liturgia más auténtica

TEOLOGIA DE LA LITURGIA

El esquema presentado a los Padres no es una cadena de pequeñas reformas proyectadas, sino una especie de pequeño tratado de la Liturgia, en el cual se trata de buscar las bases cristianas de toda reforma. Naturalmente, esto no quiere decir que al paso no roce muchísimos problemas concretos en los que la discusión de los Padres se detendrá —y probablemente se centrará—, pero es importante señalar que el planteamiento es teológico y genérico. Puede, por tanto, presumirse que más que una reforma de detalles el Concilio pondrá las bases de esta reforma, marcará las líneas madres que después las Comisiones postconciliares realizarán y aplicarán a lo largo de los próximos años. Es por ello muy importante saber que no deben esperarse muchos cambios concretos inmediatos. El Concilio señalará la dirección de la rueda. El camino se correrá después.

LENGUA VULGAR EN LA LITURGIA

Evidentemente, el mayor problema que los Padres conciliares van a plantearse es el alejamiento de la Liturgia que hoy viven los fieles. ¿Cuáles son las causas de este fenómeno? La mayor parte de los estudiosos ponen como base de esta ausencia el hecho de que la Liturgia se realice en una lengua ajena a ellos. Pero he aquí que se les van a plantear a los Padres dos graves dilemas. Por un lado verán la necesidad de participación de los fieles; por otro el debido respeto a una tradición, a una lengua que ha servido tanto para la formulación y conservación de nuestra fe. Por un lado verán la necesidad de llegar a todos los pueblos; por otro el de conservar una cierta unidad entre los cristianos.

ADAPTACION A TODAS LAS CULTURAS

Pero el problema no es sólo de lengua, sino mucho más extenso. Toda la Liturgia actual está construida sobre las bases de la cultura latina, occidental. ¿Deben imponerse estas formas de una cultura concreta a quienes viven en otras? La Iglesia, que respetó los ritos orientales, ¿va ahora a abrirse hacia los ritos africanos o asiáticos, permitiendo a los Episcopados de estos continentes que incorporen a la Liturgia las formas culturales de aquellos continentes, formas culturales que no podemos despreciar desde nuestro simple punto de vista? Pero, por otro lado, ¿permitirá la Iglesia multiplicarse de los ritos que convirtiera la Liturgia en una selva muy hermosa, pero desigual y casi sin unidad?

REFORMA DE LA MISA Y DE LOS SACRAMENTOS

Pero la reforma no sólo se reducirá a la lengua de nuestra Liturgia, son también muchas otras cosas las que el tiempo envejeció. Algunas ceremonias —dice el esquema presentado a los obispos— fueron con el tiempo añadiéndose a los ritos esenciales, quizá agravándose en modo excesivo y que respondían a gustos y exigencias de particulares momentos históricos, a tradicionales usos de determinados pueblos».

REFORMA DEL BREVIARIO

La necesidad de esta reforma la conocen bien todos los sacerdotes. Y no se trata de suprimir ni de aligerar este deber sacerdotal de la oración. Puede asegurarse que el tiempo de plegaria no será disminuido, entre otras razones porque los sacerdotes del mundo no lo desean ni lo desea la Iglesia. Pero si se trata de conseguir que esta plegaria encuentre cauces lo más provechosos posibles. Esta reforma, sin embargo, no debe esperarse muy a la corta. El Concilio daría una orientación que Comisiones especializadas realizarían después.

REFORMA DEL CALENDARIO LITURGICO

He aquí otro deseo común: un calendario fijo, igual en lo posible para todos los años, fijando de una vez la fecha de la Pascua que organiza en torno a sí todo el año litúrgico. Esto precisaría de un segundo acuerdo con los poderes civiles, quizá a través de la ONU, para establecer un calendario mundialmente aceptado y fijo para siempre. Diversos proyectos se han propuesto ya sobre este problema —que entre otras cosas facilitaría los planes de trabajo laboral, evitando amontonamientos de fiestas seguidas— y el Concilio dará una línea concreta de revisión y reforma.

COMUNION BAJO LAS DOS ESPECIES

Quien conozca el Evangelio sabe que en la última Cena Jesús distribuyó a sus discípulos la primera comunión en el pan y en el vino. La comodidad y el tiempo buscaron la simple forma de comulgar con sólo pan. Teológicamente esto era perfectamente válido, ya que todo Cristo está en todo pan, su carne y su sangre. Pero ritualmente, la expresión del misterio es mucho más completa en la Liturgia oriental, que ha conservado la comunión bajo las dos especies. No parece probable que la Iglesia imponga ahora la comunión como la practican los orientales, pero tampoco sería imposible que la permitiera para las grandes ceremonias cristianas: día de la confirmación, del matrimonio, de la profesión religiosa, etc.

CONCELEBRACION EN EL RITO LATINO

Una de las riquezas que Oriente conserva con celo y que hace siglos se hicieron inhabituales en Occidente: la concelebración. Como la Teología nos enseña, todos los sacerdotes participan del sacerdocio de su obispo, como participan del sacerdocio de Cristo. Como signo de esta unión sacerdotal, tiene la Iglesia la posibilidad de la concelebración en torno a una mesa sagrada: el clero, presidido por su obispo, realiza simultáneamente los ritos sagrados y consagra simultáneamente los ritos sagrados y consagra simultáneamente las especies sagradas. Esta ceremonia, corriente entre los orientales, sólo pervive entre los latinos en la ordenación de los nuevos sacerdotes. ¿Y por qué ha de perderse esta hermosa riqueza? Muchas corrientes litúrgicas aspiran a resucitarla no habitualmente, pero sí en las grandes ocasiones, Congresos solemnes, fiestas diocesanas, etc. Los Padres conciliares tendrán la palabra.